

# ***Hombres sin mujer y un extraño personaje llamado Carlos Montenegro***

Abilio Estévez

Una noche de 1918, un joven marino (muy joven: había nacido en 1900) fue asaltado por dos hombres en una de las calles contiguas al puerto de La Habana. Nunca se supo con exactitud si querían robarle o si buscaban satisfacer algún otro deseo clandestino. En cualquier caso, el joven no estaba dispuesto a permitir que lo despojaran de lo poco que tenía, mucho menos a dejarse someter por los desconocidos. Acostumbrado a lidiar con la más diversa condición humana, en los barcos, en los puertos, donde los hombres solían mostrar su lado más salvaje, iba armado. En los calcetines llevaba una navaja, afilada y bien dispuesta, que aquella noche, y como era de esperar, alzó en un instante de desesperación y de violencia. Uno de los asaltantes huyó. El otro quedó malherido en la calle y murió poco después. Aun cuando el abogado de oficio pudo probar que había actuado en defensa propia, el joven fue condenado por homicidio a catorce años, ocho meses y un día de prisión. En la cárcel comenzó a escribir. En la cárcel comenzó la historia literaria de Carlos Montenegro, uno de los grandes escritores cubanos del siglo XX.

Montenegro había nacido Puebla del Caramiñal, un pequeño pueblo de Galicia, al sur de La Coruña, en el margen noroeste de la ría de Ariosa. Su padre, oficial español de la guerra de Cuba, se había casado con una criolla. Regresó a su tierra cuando, finalizada la guerra en 1898, las tropas españolas fueron evacuadas a la Península. Montenegro nació casi en el mar. Según confesó muchos años después al doctor Enrique J. Pujals:

«Nací, puedo decir, en el mar, porque mi casa en los pleamares quedaba cercada por las aguas que iban a mezclarse con las de un río cubierto de mimbres completando el cerco. Allí nací y pasé mi niñez. Muchas veces había que salir de la casa en bote. Cada vez que alzaba la vista mis ojos se inundaban con las inmensidades del Cantábrico y mis pulmones se hinchaban de aire marino».<sup>1</sup>

En medio de semejante cultura marinera, entre la paradoja de un padre gallego (muy católico) que había participado en la guerra de Cuba, a favor de España, y una madre cubana, que simpatizaba con los masones y con los insurrectos, que incluso tenía familiares en el bando contrario, tabaqueros de Tampa, próximos a José Martí, creció el escritor hasta 1907. En ese año, la familia decide regresar a La Habana en busca de un futuro mejor.

Como en La Habana los negocios no fueron como esperaban, siete años después, en 1914, la familia embarcó de nuevo, esta vez para Argentina. Y fue allí, en Buenos Aires, antes de cumplir los quince años, que Carlos Montenegro se alistó como grumete en un barco llamado *El Julia*.

Fueron cuatro años, de 1914 a 1918, de largo peregrinar, de un carguero a otro carguero, de puerto en puerto, de Puerto Limón a Buenos Aires, de Río de Janeiro a La Guaira, de La Habana a Veracruz, de Nueva Orleans a Nueva York, Durante los períodos en los que el barco debía pasar tiempo en el puerto, fue minero en Pont Henry; desembarcó cadáveres que llegaban de la Primera Guerra Mundial, en el puerto de Filadelfia; fue obrero en una fábrica de municiones en Pennsylvania; cortó árboles en Ottawa; vivió la crueldad de la Revolución Mexicana, en Tampico y allí pasó sus primeros meses en la cárcel.

Es decir, cuatro años de marino que significaron en rigor cuarenta años de experiencia para el joven que alzó la navaja en el altercado, y encontró la cárcel y también su vocación. Porque en la celda, comenzaron sus lecturas (*El libro de las Siete Partidas*, de Alfonso el Sabio; *Telémaco*, de Fénelon; *Historia de la Revolución*

---

<sup>1</sup> Pujals, Enrique J., *La obra narrativa de Carlos Montenegro*, ediciones Universal, Miami, 1979.

*Francesa*, de Jules Michelet...); y en la celda, escribió las primeras narraciones que impresionaron a un importantísimo intelectual, miembro del Grupo Minorista y editor de la influyente *Revista de Avance*, el poeta José Zacarías Tallet.

Enviados desde prisión, y gracias a Tallet, sus cuentos comenzaron a aparecer en las principales revistas cubanas: *Social*, *Carteles*, *Bohemia*, *Chic*, así como en la página cultural del *Diario de la Marina*. En 1928, todavía en la cárcel, obtuvo el primer premio de cuento de la revista *Carteles*, con «El renuevo». Un año después, apareció publicado su primer libro bajo el sello de la *Revista de Avance*, *El renuevo y otros cuentos*.

Fue entonces que los intelectuales cubanos, entre los cuales se encontraban Enrique José Varona, José Antonio Fernández de Castro, Emilio Roig de Leushering, Juan Marinello y el propio Zacarías Tallet, bajo la orientación del criminalista español Jiménez de Asúa, comenzaron una recogida de firmas para lograr que el presidente de la república, el dictador Gerardo Machado, conmutara la pena del narrador.

El indulto llegó en 1931, once años después de haber entrado en prisión. Gracias al prestigio alcanzado como narrador, y a su unión con Emma Pérez, conocida periodista con la que contrajo matrimonio en la cárcel, comenzó a trabajar como reportero del periódico *Hoy*, hasta que, tres años más tarde, publicó *Dos barcos*, su segunda colección de cuentos.

Al estallar la Guerra Civil española, miembro del Partido Comunista y simpatizante del bando republicano, viajó al frente como corresponsal de guerra. De semejante experiencia, nació un libro de reportajes *Tres meses con la fuerza de choque*.

En 1938, a instancias del criminólogo español Jiménez de Asúa (el mismo que había asesorado en su excarcelación), quien quería presentar en un congreso en Viena una indagación sobre la reforma penitenciaria, comenzó Montenegro a redactar un testimonio sobre las condiciones de la cárcel cubana. El testimonio, por supuesto, acabó por obsesionarlo, por apasionarlo. Y lo que debía ser un panfleto, un alegato en contra de la vida en prisión, terminó por convertirse en una novela extraordinaria e injustamente olvidada, *Hombres sin mujer*. Sin duda una de las grandes novelas

de la literatura cubana, y acaso latinoamericana. Una novela llena de fuerza y de una pavorosa actualidad.

*Hombres sin mujer* apareció en México, publicada por la editorial Masas, y de inmediato fue recibida como una obra maestra. En veinte capítulos titulados, escritos con estilo limpio, directo y vigoroso, un narrador omnisciente relata la sordidez de la cárcel, la desesperada vida sexual de un grupo de reclusos en una cárcel habanera. Pascasio Speek, negro, poderoso y rebelde, de origen jamaquino; José Díaz, homosexual conocido como La Morita; Manuel Chiquito; Valentín, Brie... Las historias de todos se entrecruzan en ese infierno de la cárcel, a donde llega, casi por error, Andrés Pinel un rubio de ojos azules, recién salido de la adolescencia, tan hermoso, como lánguido y ambiguo. La atracción entre el incorruptible Speek y el adolescente, adquiere visos de tragedia.

De esta novela escribió Guillermo Cabrera Infante:

«Extrañamente en español habrá que esperar hasta la publicación de *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, en 1976, que es una ficción creada por la imaginación de su autor, para encontrar un libro que pueda ser semejante. [...] La novela es un antecedente de Genet. Mejor que Genet, porque no contiene la carga de literatura pseudorromántica con que Genet idealiza el crimen. Además, Montenegro nunca fue ladrón. Se libró así de publicar un canto al robo con fractura y pederastia. *Hombres sin mujer* es no sólo una gran novela cubana, sino del idioma español, sin comparación posible»<sup>2</sup>.

Después del elogio de ese otro gran novelista cubano, ¿qué más se puede agregar?

Quizá sólo los «pormenores» del fin de una larga vida: en la Guerra Civil española, Carlos Montenegro se decepcionó del Partido Comunista. No pudo, pues, soportar el triunfo de la revolución cubana. Abandonó Cuba en el propio año de 1959. Después de una breve estancia en México y en San José de Costa Rica, se

---

<sup>2</sup> Cabrera Infante, Guillermo, «Montenegro, prisionero del sexo», en *Vidas para leerlas*, Alfaguara, Madrid, 1998.

estableció definitivamente en Miami, en 1962. En el sur de la Florida, en esa ciudad cuyo clima húmedo y sofocante recuerda tanto el bochorno de La Habana, murió, en 1981. En la pobreza, en el olvido, en la mayor soledad. Rodeado de pájaros cubanos, enjaulados, y dedicado a tallar trozos de madera, como había aprendido en la cárcel de Tampico, para construir barcos diminutos con los que atenuar aquella otra gran nostalgia, la del mar ©